Los antiguos mercados de Albacete

LOS LIBROS DE CASTILLA-LA MANCHA

LUCIO LÓPEZ RAMÍREZ

«No era entonces nuestra capital albaceteña, pese a la llegada del ferrocarril, a la artesanía cuchillera y a las industrias harineras, el emporio de riqueza que suponía Valencia»

Hemos leído un libro preciso y precioso, pero sobre todo lo hemos hojeado y hemos sentido la delectación del tiempo amarillo, tal como solía cantar el poeta de Orihuela, Miguel Hernández: *«Algún día / se pondrá el tiempo amarillo / sobre mi fotografía»*. Aquí no se ha puesto todavía el tiempo amarillo porque la edición de este libro-álbum está fechada en Albacete, 2001. El autor es el fotógrafo, cronista, periodista y escritor, Don Alberto Mateos Arcángel, que conectó como nadie con la ciudad de Albacete, por lo que se le ha dedicado este libro apaisado, con el título *Del Albacete antiguo* (Imágenes y recuerdos) y esta es la 3ª Edición. Instituto de Estudios Albacetenses Don Juan Manuel de la Excelentísima Diputación de Albacete.

¿Qué tiene este libro-álbum en especial? Mucho de la vida social y mucho de la vida cotidiana que discurría en el Albacete de nuestros abuelos, a finales del siglo XIX, cuando llegaba a nuestra capital manchega la invención del daguerrotipo primero y de la fotografía después, dos inventos de la captación de la luz y de la imagen que hicieron las delicias de los Arcángel (del padre y del hijo) y que permitieron que pudieran inmortalizar la ciudad con fotografías.

Nos hemos parado en siete fotografías emblemáticas. Todas ellas representan vistas de la Plaza Mayor. Aquí estuvo instalado el primer mercado con ínfulas de moderno allá cuando nuestros bisabuelos eran niños y el escritor realista y colorista valenciano, con sangre levantina y aragonesa, Vicente Blasco Ibáñez nos pintó, como el genial Joaquín Sorolla, los colores, olores y sabores del mercado central de Valencia.

No era entonces nuestra capital albaceteña, pese a la llegada del ferrocarril, a la artesanía cuchillera y a las industrias harineras, el emporio de riqueza que suponía Valencia. El contraste lo marca una foto del libro de Alberto Mateos y el inicio de la novela de Blasco Ibáñez, *Arroz y tartana*. En la imagen se ve una mujer avejentada y, al fondo, vemos unos establecimientos con toldos, y espuertas, seras y canastos, y un trípode con grandes palos que sostiene una carrucha introducida en un brocal. Todo hace pensar que ha quedado un pozo de la demolición de un edificio y se mantiene para servicio del mercado.

La lectura es la siguiente: «Planta única a la intemperie del primer Mercado de Abastos, construido en el solar resultante del derribo de las Casas Consistoriales de Santa María de la Estrella, cárcel de Partido y carnecería. Su presupuesto ascendió a 117.707 reales, siendo inaugurado en primero de septiembre de 1863».

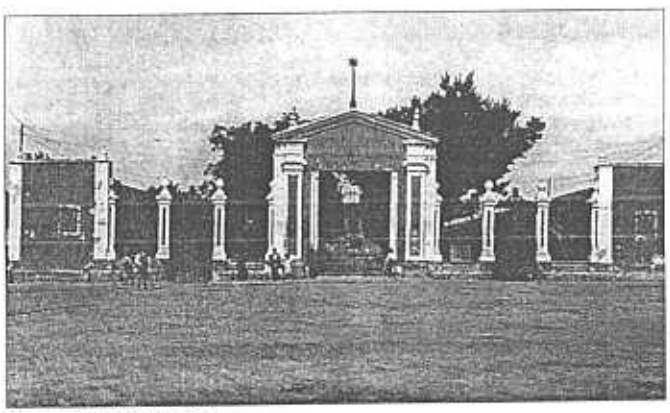
Este mercado no podía ser comparado al valenciano, el cual nos describe Blasco Ibáñez en su novela de la ciudad de Valencia, *Arroz y tartana*:: «Aquel mercado extraordinario que se prolongaba hasta bien entrada la noche, resultaba una festividad ruidosa, la explosión de alegría y bullicio de un pueblo que entre millones de alimentos y aspirando el tufillo de las mil cosas que satisfacen la voracidad humana regocijábase en los atracones del día siguiente. En aquella plaza larga, ligeramente arqueada y estrecha en sus extremos, como un intestino hinchado, amontonábanse las nubes de alimentos que habían de desparramarse sobre las mesas satisfaciendo la gigantesca gula de la Navidad, fiesta gastronómica, que es como el estómago del año».

Nuestra Plaza Mayor se dejó fotografiar de forma recatada, casi pasando de puntillas en esa torre con sus arcos, su reloj y su campana. ¿Quién pediría más a un edificio señero en un extremo de la Plaza Mayor? Nos dice el pie de foto que fue obtenida en 1904, cuando se iniciaba el reinado de Don Alfonso XIII. La foto la obtuvo el cameraman Don Enrique Navarro Guspi. Esta foto y su comentario nos indica el comercio al por menor (las tiendas típicas de Albacete a principios del siglo XX): «Del caserío frontero, el edificio que hacía esquina con la calle Mayor era la chocicería de Jacinto Bayo; el del centro el comercio de Juan Martínez Benítez, suegro que fue de Don Abelardo García Moscardó, descollante personalidad local; el que forma esquina con la calle de la Carnecería fue la célebre Casa de Bocha, complejo de taberna, cafetín, buñolería y juego de lotería. A la derecha el segundo Mercado de Abastos, cuya torreta fue construida por el maestro de obras conocido por el Tambor, en el año 1902. El reloj estuvo antes en la Casa Lonja de esta planta cuando en ella estaban las Casas Consistoriales».

Imagen antigua de la Feria de Albacete. / CEDIDA

Blasco Ibáñez nos habla en su novela *Arroz y tartana* de la Lonja de la Seda. Hay un paralelismo con el de Casa Lonja de Albacete: «En el lado opuesto, la Lonja de la Seda, acariciada por el sol de invierno y luciendo sobre el fondo azul del cielo todas las esplendideces de su fachada ojival. La torre del reloj cuadrada monótona, partiendo el edificio en dos cuerpos y éstos exhibiendo los ventanales con sus bordados pétreos». En este libro homenaje a Alberto Mateos Arcángel se nos recuerda en tres fotos la Casa Lonja de la Plaza Mayor. En la primera nos dice que existía el edificio de Casa Lonja, propiedad del conde de Pinohermoso, y que estaba entre las calles de Albaderos y Zapateros.

Fueron demolidas por las Salas Capitulares de Santa María de la Estrella (1861-1862), y este templete de reloj y campana fue instalado aquí, a pesar de que el cronista Sánchez Torres dijo: «sin que se pudiera fiar la medida del tiempo ni a sus desordenadas agujas, ni a sus locas campanas. La planta principal del edificio la ocupaba el Ayuntamiento el cual se trasladó en 1817, trasladado de las Casas Consistoriales de Santa María de la Estrella, ubicadas en el Mercado de Abastos. En la planta baja estaba, a la izquierda, la peluquería de Diego y, a la derecha, la hojalatería de Calpini y Castelar. En el portal, llegado el invierno, una castañera voceaba sus «¡cuántas calentitas!». En la derecha Ángel Prata tenía su comercio de telas.



Entrada al recinto ferial. / CEDIDA

El cronista del tiempo amarillo y poeta popular ha querido improvisar unos versos y rimas para fijar lo que fue el tiempo del mercado antiguo en Albacete: Casa Lonja:

** Casa Lonja te llamabas / y Casa Consistorial / y en pilastras te afirmabas / con geometría elemental. * Y ese reloj de campanas / que está pidiendo la hora, / y que ha perdido las ganas / de marcarlas con la aurora.*

** Y busca en su cercanía / la voz de la castañera, / y un olor de churrería / como escrito en blanda cera. * más allá el peluquero, / retocando la cabeza / que queda como una pieza, / con mano de majadero.*

** Y allí brilló la hojalata, / que por ser de metal doble / tuvo ínfulas de noble / sin llegar a ser de plata.*

** Y en la tienda de tejidos, / de la sarga hasta la seda, / y en el arca ya no queda / el paño para vestidos.*

Éste era uno de los tipos de comercio en el Albacete entre los siglos XIX y XX.